EL ÚLTIMO ACTO
Roald Dahl



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Arma estaba en la cocina lavando una lechuga para la cena cuando llamaron a la puerta. La campanita del timbre estaba en la pared directamente encima del fregadero y nunca dejaba de sobresaltarla cuando sonaba estando ella cerca. Por esta razón ni su marido ni sus hijos utilizaban el timbre. Esta vez pareció sonar más fuerte, por lo que Anna pegó un bote mayor que de costumbre.

Al abrir la puerta, se encontró con dos policías en el umbral. La miraron con sus rostros pálidos, como de cera, y ella les devolvió la mirada esperando que dijesen algo.

Siguió mirándolos, pero no hablaron ni hicieron el menor movimiento. Estaban tan quietos y rígidos que parecían un par de figuras de cera que algún bromista hubiese colocado en la puerta. Los dos sostenían el casco ante sí con ambas manos.

-¿Qué desean? -preguntó Anna.

Ambos eran jóvenes y llevaban guantes de piel que les llegaban hasta los codos. Anna vio sus enormes motocicletas aparcadas junto al bordillo, detrás de ellos, y las hojas muertas caían alrededor de las motos y el viento se las llevaba acera abajo y toda la calle brillaba bajo la luz amarilla de una tarde de septiembre despejada y ventosa. El más alto de los dos policías se movió nerviosamente y con voz apagada dijo:

-¿Es usted mistress Cooper, señora?

-Sí.

-¿Mistress Edmund J. Cooper? -dijo el otro.

-Sí.

Y entonces Anna empezó a comprender lentamente que aquellos hombres, ninguno de los cuales parecía ansioso por explicar su presencia allí, no se comportarían de aquel modo a menos que tuvieran que cumplir con alguna obligación desagradable.

-Mistress Cooper -oyó que decía uno de ellos y, por la forma en que lo dijo, dulcemente, como si tratara de consolar a un niño enfermo, adivinó en seguida que iba a decirle algo terrible. Una oleada de pánico se apoderó de ella.

-¿Qué ha pasado? -dijo.

-Tenemos que comunicarle, mistress Cooper...

El policía hizo una pausa y la mujer, mientras le observaba, sintió como si todo su cuerpo se encogiese más y más dentro de su piel.

-...que su marido ha tenido un accidente en el Hudson River Parkway, aproximadamente a las seis menos cuarto de esta tarde, y murió en la ambulancia...

El policía que estaba hablando se sacó del bolsillo el billetero de piel de cocodrilo que Anna había regalado a Ed con motivo del vigésimo aniversario de su boda, hacía de ello dos años, y al alargar la mano para cogerlo, Anna se preguntó si aún estaría caliente por haber permanecido cerca del pecho de su marido hacía sólo un rato.

-Si hay algo que podamos hacer -decía el policía-, como llamar a alguien para que venga... algún amigo o pariente, por ejemplo...

Anna oyó que la voz del agente se alejaba y después se apagaba por completo y debió de ser más o menos en aquel momento cuando empezó a gritar. Pronto se puso histérica y los dos policías se las vieron y desearon para controlarla hasta que, al cabo de unos cuarenta minutos, llegó el médico y le inyectó algo en el brazo.

Sin embargo, no se sentía mejor cuando despertó a la mañana siguiente. Ni el médico ni sus hijos consiguieron hacerla entrar en razón y, si no le hubieran administrado calmantes de forma casi continua durante los días siguientes, sin duda se habría quitado la vida. Durante los breves períodos de lucidez entre un calmante y el siguiente se comportaba como si fuera una demente, llamando a su marido por su nombre y diciéndole que se reuniría con él tan pronto como le fuera posible. Resultaba terrible escucharla. Pero, en descargo suyo, hay que aclarar en seguida que el marido que había perdido no tenía nada de corriente.

Anna Greenwood se había casado con Ed Cooper cuando ambos tenían dieciocho años y, durante el tiempo que vivieron juntos, llegaron a estar más unidos y a depender más el uno del otro de lo que cabe describir con palabras. A cada año que pasaba, su amor se hacía más intenso y abrumador y, hacia el final, había llegado a tal extremo que les resultaba casi imposible soportar la separación diaria que representaba el hecho de que Ed se fuese a la oficina todas las mañanas. Cuando regresaba por la noche, recorría como un loco toda la casa buscándola, y ella, que había oído el golpe de la puerta principal al cerrarse, dejaba lo que tuviera entre manos y salía corriendo a recibirle, chocando con él de cabeza, impetuosa mente, a toda velocidad, en mitad de la escalera, en el descansillo o entre la cocina y el vestíbulo; y, al encontrarse, Ed la tomaba entre sus brazos y la besaba y abrazaba durante varios minutos seguidos, como si se hubiesen casado el día antes. Era maravilloso. Era tan increíblemente maravilloso que a uno poco le cuesta comprender que Anna no tuviera deseo ni ánimos de seguir viviendo en un mundo en el que su marido ya no existía.

Sus tres hijos, Angela (veinte años), Mary (diecinueve) y Billy (diecisiete y medio) permanecieron constantemente cerca de ella desde el principio de la catástrofe. Adoraban a su madre y, ciertamente, no tenían la menor intención de permitir que se suicidase si podían evitarlo. Trabajaron de firme y con amorosa desesperación para convencerla de que la vida todavía podía valer la pena, y a ellos y nadie más que a ellos se debió que, al final, Anna lograra salir de la pesadilla y volviera poco a poco a la normalidad.

Cuatro meses después del desastre, los médicos declararon que se encontraba «moderadamente fuera de peligro» y Anna pudo entregarse de nuevo, si bien con cierta apatía, a la labor rutinaria de llevar la casa, hacer la compra y preparar las comidas para sus hijos.

Pero, ¿qué sucedió luego?

Antes de que se derritieran las nieves del invierno, Angela se casó con un joven de Rhode Island y se fue a vivir a los alrededores de Providence.

Al cabo de unos meses, Mary contrajo matrimonio con un gigante rubio de una ciudad de Minnesota llamada Slayton y voló del nido para siempre y siempre y siempre. Y, aunque el corazón de Anna empezaba a romperse de nuevo en multitud de pedacitos, se enorgullecía al pensar que ninguna de las dos chicas tenía la menor idea de lo que le estaba sucediendo. («¡Oh, mamá! ¿Verdad que es maravilloso?». «Sí, querida, creo que es la boda más hermosa que jamás se haya celebrado. ¡Incluso me siento más emocionada que tú!» etc., etc.).

Y luego, para rematar el asunto, su querido Billy, que acababa de cumplir los dieciocho, se fue de casa para iniciar sus estudios en Yale.

Así que, de pronto, Anna se encontró viviendo en una casa completamente vacía.

Después de veintitrés años de ruidosa, ajetreada y mágica vida familiar, resulta espantoso bajar a desayunar a solas por las mañanas, permanecer sentada en silencio ante una taza de café y una tostada y preguntarse qué vas a hacer durante el día que acaba de empezar. La habitación en que te encuentras, que ha oído tantas risas, visto tantos cumpleaños, tantos árboles de Navidad, tantos regalos en el momento de ser abiertos, ahora está en silencio y resulta curiosamente fría. La calefacción se nota en el aire y la temperatura en sí misma es normal, pero la habitación sigue dándote escalofríos. El reloj se ha parado porque no eras tú la encargada de darle cuerda. Una de las sillas está torcida y te quedas mirándola fijamente, preguntándote por qué no te habías fijado en ello anteriormente. Y, de pronto, cuando vuelves a levantar la mirada, te invade el pánico porque te parece que las paredes han avanzado lentamente, muy lentamente, hacia ti cuando no mirabas.

Al principio, Anna cogía la taza de café, se sentaba junto al teléfono y empezaba a llamar a sus amigas. Pero todas tenían marido e hijos y, aunque siempre se mostraban tan simpáticas, comprensivas y alegres como podían, sencillamente no disponían de tiempo para charlar a primera hora de la mañana con una señora desolada. Así, pues, en vez de llamar a las amigas, empezó a llamar a sus hijas casadas.

También ellas se mostraron dulces y amables con su madre cada vez que las llamaba, pero Anna detectó muy pronto un cambio sutil en las actitudes que ante ella adoptaban sus hijas. Ya no era la persona más importante de sus vidas. Ahora tenían marido y en él concentraban toda su atención. Con dulzura y con firmeza iban empujando a su madre hacia un segundo plano. El disgusto de Anna fue grande. Pero comprendió que tenían razón. Toda la razón. Ya no tenía derecho a entrometerse en sus vidas o a hacerlas sentirse culpables por descuidarla.

Veía al doctor Jacobs regularmente, pero en realidad no le servía de ayuda. El doctor trataba de hacerla hablar y ella hacía todo lo posible por complacerle y, a veces, el doctor le soltaba discursitos llenos de indirectas sobre el sexo y la sublimación. Anna nunca llegó a entender del todo adonde quería ir a parar el doctor, pero, al parecer, lo esencial de sus prédicas consistía en que Anna debía buscarse otro hombre.

Adquirió la costumbre de vagar por la casa y acariciar las cosas que pertenecieran a Ed. Cogía uno de sus zapatos, metía la mano dentro y palpaba las pequeñas cavidades que la parte redonda de la planta y los dedos habían hecho en la suela. Encontró un calcetín agujereado y fue indescriptible el placer que sintió al remendarlo. De vez en cuando, sacaba del armario una camisa, una corbata y un traje y los colocaba sobre la cama, listos para que Ed se los pusiese, y, una vez, un domingo lluvioso, preparó un estofado a la irlandesa...

Era inútil seguir así.

Así que, ¿cuántas píldoras necesitaría para tener la certeza absoluta de que esta vez le saliera bien? Subió al piso de arriba y contó las que contenía su botiquín secreto. Sólo había nueve. ¿Serían suficientes? Lo dudaba. Oh, demonios. La única cosa que no estaba dispuesta a soportar de nuevo era el fracaso: que la llevasen corriendo al hospital, le hicieran un lavado de estómago, el séptimo piso del Payne Whitney Pavillion, los psiquiatras, la humillación, la sordidez de todo el asunto...

En vista de ello, tendría que utilizar una hoja de afeitar. Pero lo malo de la hoja de afeitar era que había que hacer las cosas como es debido. Muchas personas fracasaban estrepitosamente cuando trataban de abrirse las muñecas con una hoja de afeitar. De hecho, casi todas fracasaban; no hacían un corte suficientemente profundo. Sencillamente era

necesario llegar a una arteria grande que había allí debajo. Las venas no servían. Las venas sangraban mucho, pero nunca daban el resultado apetecido. Además, la hoja de afeitar resultaba difícil de manejar cuando una tenía que hacer una incisión firme, apretándola hasta llegar muy hondo. Pero ella no fracasaría. Los que fracasaban eran los que en realidad *querían* fracasar. Ella quería tener éxito.

Buscó hojas de afeitar en el armarito del cuarto de baño. No había ninguna. La maquinilla de Ed seguía allí y la suya también. Pero ninguna de ellas tenía hojas y no había ningún paquete por allí. Era comprensible. Las cosas de aquel tipo habían desaparecido de la casa en una ocasión anterior. Pero eso no representaba ningún problema. Cualquiera podía comprar un paquete de hojas de afeitar.

Volvió a la cocina y descolgó el calendario de la pared. Eligió el 23 de septiembre, que era el cumpleaños de Ed, y escribió «h-a» (hojas de afeitar) al lado de la fecha. Esto lo hizo el 9 de septiembre, lo cual le dejaba exactamente dos semanas de tiempo para poner en orden sus asuntos. Había mucho que hacer: facturas viejas que pagar, redactar un nuevo testamento, arreglar la casa, solucionar el pago de la matrícula de Billy durante los cuatro años siguientes, escribir cartas a los hijos, a sus propios padres, a la madre de Ed, etcétera.

No obstante, a pesar de tantas ocupaciones, aquellas dos semanas, aquellos catorce días largos, transcurrían demasiado despacio para su gusto. Sentía fuertes deseos de utilizar la hoja de afeitar cada mañana, cuando contaba los días que faltaban. Era como un niño contando los días que faltan para Navidad. Porque, adondequiera que Ed Cooper hubiese ido al morir, aunque sólo fuese a la tumba, Anna estaba impaciente por reunirse con él.

Fue a mediados de este período de dos semanas cuando recibió la visita de su amiga Elizabeth Paoletti, a las ocho y media de la mañana. En aquel momento Anna estaba preparándose café en la cocina y pegó un bote al sonar el timbre y otro más cuando oyó un segundo timbrazo.

Liz entró majestuosamente por la puerta principal, hablando sin parar, como de costumbre.

-¡Anna, mi querida amiga, necesito tu ayuda! En la oficina todo el mundo ha pillado la gripe. ¡Tienes que venir! ¡No discutas conmigo! Me consta que sabes escribir a máquina y que en todo el santo día no tienes nada que hacer salvo sentirte deprimida. Coge el sombrero y el bolso y ven conmigo. ¡Date prisa, chica, date prisa! ¡Ya se me ha hecho tarde!

-Márchate, Liz. Déjame en paz -dijo Anna.

-Tengo el taxi esperando -dijo Liz.

-Por favor -dijo Arma-. No trates de obligarme. No iré contigo.

-Vaya si vendrás -dijo Liz-. Tienes que sobreponerte. Tus días de glorioso martirio ya han pasado.

Anna siguió resistiéndose, pero Liz pudo más que ella y, al final, accedió a acompañarla, aunque sólo por unas horas.

Elizabeth Paoletti dirigía una sociedad para la adopción de niños, una de las mejores de la ciudad. Nueve de sus empleados estaban en cama con gripe. Sólo quedaban dos, sin contar a la propia Elizabeth.

-No sabes nada del trabajo que hacemos -dijo Elizabeth en el taxi-, pero tendrás que hacer cuanto puedas por ayudarnos...

La oficina parecía un manicomio. Los teléfonos se bastaron por sí solos para llevar a Anna al borde de la locura. Corría de un lado a otro, tomando recados que no entendía. Y en la sala de espera había muchachas, muchachas con cara de piedra, cenicienta, y una parte de las obligaciones de Anna consistía en mecanografiar sus respuestas en un formulario oficial.

-¿El nombre del padre?

-No lo sé.

-¿No tiene idea?

-¿Qué tiene que ver con ello el nombre del padre?

-Querida, si se sabe quién es el padre, entonces hay que obtener su consentimiento, además del suyo, antes de que podamos ofrecer al pequeño para que lo adopten.

-¿Está completamente segura de eso?

-¿No se lo acabo de decir?

A la hora de almorzar alguien le trajo un bocadillo, pero no tuvo tiempo para comérselo. A las nueve de la noche, agotada y famélica y considerablemente turbada por algunos de los conocimientos adquiridos durante el día, Anna regresó a casa, se tomó una copa bien cargada, frió unos huevos y un poco de tocino y se acostó.

-Te recogeré a las ocho de la mañana -le había dicho Liz-. Y por el amor de Dios, estáte preparada para salir.

Anna estaba preparada. Y, a partir de aquel momento, quedó enganchada.

Así fue de sencillo.

Todo lo que había necesitado desde el principio era un empleo que la obligase a trabajar de firme, y un buen número de problemas que resolver, los problemas de otras personas en lugar de los suyos propios.

El trabajo era arduo y, a menudo, demoledor desde el punto de vista emocional, pero Anna se sentía constantemente absorbida por él y en el plazo de un año y medio -hemos dado un salto hacia adelante- empezó a sentirse moderadamente feliz otra vez. Cada vez le resultaba más difícil recordar vividamente a su marido, verle exactamente cómo era cuando subía corriendo las escaleras en su busca o cuando se sentaba a la mesa para cenar. El sonido exacto de su voz se hacía cada vez menos fácil de recordar e incluso la cara misma, a menos que la viera en una fotografía, ya no estaba claramente grabada en su recuerdo. Todavía pensaba en él continuamente, pero comprobó que podía hacerlo sin prorrumpir en llanto y. al echar la mirada hacia atrás y ver la forma en que se había comportado hacía algún tiempo, se sentía ligeramente avergonzada. Comenzó a tomarse cierto interés por el vestir y por su pelo, volvió a utilizar el lápiz de labios y a afeitarse el vello de las piernas. Disfrutaba comiendo y, cuando la gente le sonreía, ella les devolvía la sonrisa y era una sonrisa sincera. Dicho de otro modo, había vuelto a la vida. Se alegraba de estar viva.

Fue entonces cuando Anna tuvo que ir a Texas por un asunto de la oficina.

Normalmente, la oficina de Liz no extendía sus operaciones más allá de los límites del estado, pero en este caso un matrimonio que había adoptado un bebé a través de la agencia, más tarde se había marchado de Nueva York para vivir en Texas. Y ahora, a los cinco meses del traslado, la esposa había escrito diciendo que ya no quería tener al pequeño con ella. Su marido había muerto de un ataque cardíaco al poco de afincarse en Texas. La mujer se había vuelto a casar casi en seguida y al nuevo marido «le resultaba imposible ajustarse a un bebé adoptado...»

La situación era seria y, aparte del bienestar del pequeño, entrañaba un sinfín de obligaciones legales.

Anna fue a Dallas en un avión que salió de Nueva York muy temprano y llegó antes de la hora de desayunar. Después de registrarse en el hotel se pasó las ocho horas siguientes con las personas interesadas en el asunto, y, cuando hubo hecho todo lo que podía hacer aquel día, ya eran cerca de las cuatro y media de la tarde y se sentía totalmente agotada. Cogió un taxi para volver al hotel y subió a su habitación. Telefoneó a Liz para informarla de la situación, luego se desnudó y se pasó un buen rato sumergida en un baño caliente. Después se envolvió en una toalla y se echó en la cama para fumar un cigarrillo.

Hasta el momento sus esfuerzos en bien de la criatura no habían dado resultado. En la reunión habían estado presentes dos abogados que la habían tratado con un desprecio absoluto. ¡Cómo los odiaba! Detestaba su arrogancia y sus insinuaciones, hechas con voz suave, en el sentido de que nada que ella pudiese hacer tendría la menor importancia para su cliente. Uno de ellos permaneció con los pies sobre la mesa durante toda la entrevista y ambos tenían rodillos de grasa en el estómago que colgaban por encima del cinturón con que se sujetaban los pantalones.

Anna ya había visitado Texas muchas veces, pero aquella era la primera vez que lo hacía sola. Sus anteriores visitas habían sido siempre acompañando a Ed en sus viajes de negocios; y, durante aquellas visitas, ella y Ed habían hablado a menudo de los téjanos en general y de lo difícil que resultaba simpatizar con ellos. Uno podía hacer caso omiso de su grosería y de su vulgaridad. No se trataba de eso. Pero, al parecer, entre aquella gente subsistía aún cierta crueldad, algo brutal, severo, inexorable que era imposible perdonarles. Ignoraban la compasión, la piedad, la ternura. La única virtud que poseían -y que exhibían ostentosa e incesantemente ante los forasteros- era una especie de benevolencia profesional. Iban literalmente cubiertos de ella. Sus voces, sus sonrisas, eran sonoras y espesas como el jarabe. Pero a Anna la dejaban fría. La dejaban fría, muy fría, por dentro.

-¿Por qué son tan aficionados a pasar por tipos duros? -solía preguntar.

-Porque son unos crios -le contestaba Ed-. Son unos crios peligrosos que van por ahí tratando de imitar a sus abuelos. Sus abuelos fueron pioneros, de veras lo fueron. Ellos no lo son.

Aquellos téjanos actuales parecían vivir siguiendo una especie de voluntad egoísta, empujando y siendo empujados. Todo el mundo empuja. Todo el mundo era empujado. Y daba lo mismo que el forastero que se encontrase entre ellos se apartara un poco y anunciase firmemente: *«No* quiero empujar y *no* quiero que me empujen». Eso era imposible. Era especialmente imposible en Dallas. De todas las ciudades del estado, Dallas era la que siempre había turbado más a Anna. Le parecía una ciudad tan impía, una ciudad tan *rapaz,* cerrada, férrea e impía. Era una ciudad enloquecida por su propio dinero y no había oropeles ni falsos adornos culturales ni palabrería zalamera capaces de disimular el hecho de que la gran fruta dorada estaba podrida por dentro.

Librodot

Anna seguía echada en la cama envuelta en la toalla de baño. Esta vez se hallaba sola en Dallas. Con ella no había ningún Ed que pudiese envolverla con su fuerza y amor increíbles; y quizás fuese por esto por lo que, de pronto, empezó a sentirse algo inquieta. Encendió un segundo cigarrillo y esperó que la inquietud se disipara. No se disipó; empeoró. El temor empezaba a hacerle una especio de nudo, a la vez pequeño y fuerte, en la boca del estómago, un nudo que iba creciendo y creciendo. Era una sensación desagradable, la clase de sensación que podía experimentarse hallándose a solas en casa, de noche, y oyendo, o creyendo oír, pasos en la habitación de al lado.

En aquel lugar había un millón de pasos y Anna podía oírlos todos.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, envuelta aún en la toalla. Su habitación se hallaba en el piso veintidós y la ventana estaba abierta. La gran ciudad se extendía, pálida y lechosa, bajo la luz del crepúsculo. Abajo, la calle aparecía abarrotada de automóviles. La acera estaba llena de gente. Todo el mundo regresaba con prisas a casa después del trabajo, empujando y recibiendo empujones. Anna sintió necesidad de un amigo. En aquel momento deseaba intensamente tener alguien con quien hablar. Le hubiera gustado poder ir a una casa, una casa donde hubiese una familia: una esposa y un marido y niños y habitaciones llenas de juguetes y el marido y la esposa la acogerían con los brazos abiertos en la puerta principal y exclamarían «¡Anna! ¡Dichosos los ojos! ¿Cuánto tiempo podrás quedarte? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año ? »

De pronto, como suele suceder en situaciones parecidas, su memoria hizo *clic* y en voz alta Anna dijo:

-¡Conrad Kreuger! ¡Santo Dios! Conrad vive en Dallas... o al menos vivía aquí...

No había visto a Conrad desde que iban a la misma clase de la escuela superior en Nueva York. Por aquel entonces ambos tenían unos diecisiete años y Conrad era su galán, su amor, su todo. Durante más de un año salieron juntos y se hicieron promesas mutuas de lealtad eterna, incluyendo el matrimonio en un futuro cercano. Luego Ed Cooper había aparecido repentinamente en su vida y eso, como es lógico, había sido el fin de su romance con Conrad. Pero Conrad no pareció tomarse la ruptura muy a pecho. Desde luego no debió *destrozarle,* ya que, antes de que transcurrieran uno o dos meses, comenzó a ir en serio con otra chica de la clase...

¿Cómo se llamaba aquella chica?

Era una muchacha alta y guapa, de busto espléndido y cabellera roja y llameante. Y tenía un nombre extraño, un nombre muy anticuado. ¿Cuál era? ¿Arabella? No, no era Arabella. Pero sí Ara-algo. ¿Araminty? ¡Sí! ¡Se llamaba Araminty! Y lo que es más, en el plazo de un año aproximadamente, Conrad Kreuger se había casado con Araminty y se la había llevado a Dallas, su ciudad natal.

Anna se acercó a la mesita de noche y cogió la guía telefónica.

Kreuger, Conrad P., Doctor en Medicina.

Ese era Conrad; no había duda. Siempre había dicho que quería ser médico. La guía indicaba el número del consultorio y el número del domicilio particular.

¿Debía telefonearle?

¿Por qué no?

Consultó su reloj. Eran las cinco y veinte. Descolgó el aparato y dio el número del consultorio.

-Consultorio del doctor Kreuger -dijo una voz de mujer joven.

-Oiga -dijo Anna-. ¿Está el doctor Kreuger?

-El doctor está ocupado en este momento. ¿Quién llama, por favor?

-¿Tendrá la amabilidad de decirle que ha llamado Anna Greenwood?

-¿Quién?

-Anna Greenwood.

-Sí, miss Greenwood. ¿Quería pedir hora?

-No, gracias.

-¿Hay algo que pueda hacer por usted? Anna le dio el nombre del hotel y le pidió que se lo pasara al doctor Kreuger.

-Lo haré con mucho gusto -dijo la secretaria-. Adiós, miss Greenwood.

-Adiós -dijo Anna.

Se preguntó si el doctor Conrad P. Kreuger se acordaría de su nombre después de tantos años. Se dijo que era lo más probable. Volvió a echarse sobre la cama y trató de recordar cómo era Conrad en sus tiempos de estudiante. Extraordinariamente guapo, desde luego. Alto... delgado... hombros anchos... cabello de un negro casi puro... y un rostro maravilloso... un rostro recio y esculpido como uno de aquellos héroes griegos, Perseo o Ulises. Sobre todo, no obstante, era un muchacho muy dulce, un muchacho serio, decente, callado, dulce. Nunca la había besado mucho... sólo al despedirse de ella cuando caía la noche. Y nunca se había empeñado en sobarla, como hacían todos los demás. El sábado por la noche, cuando la acompañaba a casa al salir del cine, solía aparcar su viejo Buick delante de la puerta de Anna y se quedaba sentado junto a ella, dentro del coche, hablando y hablando del futuro, de su futuro y del futuro de Anna, y diciéndole que volvería a Dallas y se convertiría en un médico famoso. El hecho de que él no hubiese intentado el toqueteo y todas las demás tonterías que los acompañaban la había impresionado muchísimo. «Me respeta», solía decirse. «Me quiere». Y probablemente así era. En todo caso, era un hombre simpático, simpático y bueno. Y, de no haber sido porque Ed Cooper era un hombre supersimpático y superbueno, estaba segura de que se habría casado con Conrad Kreuger.

Sonó el teléfono. Anna descolgó el aparato.

-Sí -dijo-. Diga.

-¿Anna Greenwood?

-¡Conrad Kreuger!

-¡Mi querida Anna! ¡Qué fantástica sorpresa! ¡Dios mío! Después de tantos años...

-Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

-Toda una vida. Tu voz suena exactamente igual.

-La tuya también.

-¿Qué te trae a nuestra hermosa ciudad? ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

-No. Tengo que regresar mañana. Espero que no te importe que te haya llamado.

-¡Claro que no, Anna! Estoy encantado. ¿Estás bien?

-Sí, estoy bien. Estoy bien ahora. Lo pasé muy mal al morir Ed.

-¿Qué?

-Murió en un accidente de automóvil hace dos años y medio.

-¡Caramba, Anna, lo siento muchísimo! ¡Qué terrible debió de ser! No... no sé qué decirte...

-No digas nada.

-¿Ahora estás bien?

-Sí. Trabajo como una esclava.

-Esa es la chica que...

-¿Cómo... cómo está Araminty?

-Oh, muy bien.

-¿Tenéis hijos?

-Uno -dijo él-. Un chico. ¿Y tú?

-Yo tengo tres, dos chicas y un chico.

-¡Vaya, vaya! ¡Qué te parece! Escúchame, Anna...

-Te escucho.

-Podría dejarme caer por el hotel y tomar una copa contigo. Me gustaría. Apuesto a que no has cambiado nada.

-Estoy vieja, Conrad.

-Mientes.

-Y me siento vieja también.

-¿Quieres un buen médico?

-Sí. Es decir, no. Claro que no. No quiero saber nada más de médicos. Lo único que necesito es... pues...

-¿Sí?

-Este lugar me preocupa, Conrad. Supongo que necesito un amigo. Eso es todo lo que necesito.

-Pues ya lo tienes. Sólo me falta un paciente por ver y luego estaré libre. Me reuniré contigo en el bar, el salón no sé qué, se me ha olvidado el nombre, a las seis, más o menos dentro de media hora. ¿Te va bien?

-Sí -dijo ella-. Por supuesto. Y... gracias, Conrad.

Colgó el aparato, se levantó de la cama y empezó a vestirse.

Se sentía ligeramente aturdida. Desde la muerte de Ed no había salido sola a tomar una copa con ningún hombre. Al doctor Jacobs le complacería saberlo cuando se lo contase a su vuelta. No se desharía en felicitaciones, pero no hay duda de que se sentiría complacido. Diría que había sido un paso en la dirección apropiada, un principio. Seguía viendo al doctor Jacobs regularmente y, ahora que se encontraba mucho mejor, sus indirectas se habían hecho menos indirectas y en más de una ocasión le había dicho que sus depresiones y tendencias suicidas nunca desaparecerían del todo hasta que hubiese «reemplazado» a Ed por otro hombre.

-Pero es imposible reemplazar a una persona a la que una ha querido con locura -le había dicho Anna la última vez que el doctor sacara el asunto a colación-. ¡Cielo santo, doctor, cuando a mistress Crummlin-Brown se le murió el periquito el mes pasado, el *periquito,* fíjese bien, no su marido, se llevó tal disgusto que juró que nunca más volvería a tener un pájaro!

-Mistress Cooper -le había dicho el doctor Jacobs-, normalmente uno no tiene relaciones sexuales con un periquito.

-No, claro, pero...

-Por esto no tiene que ser reemplazado. Pero cuando muere el esposo y la esposa es todavía una mujer activa y sana, invariablemente se buscará un sustituto al cabo de tres años si le es posible. Y viceversa.

El sexo. Prácticamente era la única cosa en la que pensaban los doctores de aquella clase. Tenía el sexo metido en el cerebro.

Cuando Anna terminó de vestirse y tomó el ascensor para bajar al vestíbulo, eran ya las seis y diez minutos.

En el instante en que entró en el bar un hombre se levantó de una de las mesas. Era Conrad. Seguramente estaba vigilando la puerta. Se acercó a recibirla. Sonreía nerviosamente. Anna también sonreía. Uno siempre sonríe en estos casos.

-Vaya, vaya -dijo Conrad- .Vaya, vaya, vaya.

Y Anna, esperando el acostumbrado pellizco en la mejilla, acercó su cara sonriente a la de Conrad. Pero se había olvidado de lo estirado que era él. Conrad se limitó a cogerle una mano y estrechársela, una sola vez.

-¡Menuda sorpresa me has dado! Vamos a sentarnos a una mesa.

El bar era igual que todos los bares. La iluminación era tenue y había numerosas mesitas. Había un platito con cacahuetes en cada una de ellas y bancos tapizados de cuero a lo largo de todas las paredes. Los camareros vestían chaqueta blanca y pantalones granate. Conrad la llevó a una mesita de un rincón y se sentaron el uno frente al otro. Al instante se les acercó un camarero.

-¿Qué vas a tomar? -preguntó Conrad.

-¿Podría tomarme un martini?

-Desde luego. ¿Con vodka?

-No, con ginebra, por favor.

-Un martini con ginebra -dijo Conrad al camarero-. No. Que sean dos. Nunca he sido muy dado a la bebida, Anna, como probablemente recordarás, pero creo que esto merece celebrarlo.

El camarero se alejó de la mesa. Conrad se reclinó en la silla y la observó atentamente.

-Tienes muy buen aspecto -dijo.

-También tú lo tienes, Conrad -dijo ella.

Y era verdad. Resultaba asombroso lo poco que había envejecido en veinticinco años. Estaba tan delgado y guapo como siempre, tal vez más aún. Su pelo seguía siendo negro, su mirada era limpia y en conjunto no aparentaba más de treinta años.

-Tú eres mayor que yo, ¿no es así? -preguntó él.

-¡Qué cosas preguntas! -exclamó ella, riéndose-. Sí, Conrad, te llevó exactamente un año. Tengo cuarenta y dos.

-Ya me lo parecía.

Conrad seguía observándola con gran atención, escudriñándole la cara, el cuello y los hombros. Anna se dio cuenta de que empezaba a ruborizarse.

-¿Tienes un éxito enorme como médico? -preguntó ella-. ¿Eres el mejor de la ciudad?

Conrad ladeó la cabeza hasta que la oreja estuvo a punto de rozarle el hombro. Era un gesto que a Anna siempre le había gustado.

-¿Éxito? -dijo él-. Hoy día cualquier médico puede tener éxito en una gran ciudad... desde el punto de vista económico. Pero si soy o no uno de los mejores de la profesión es algo totalmente distinto. Espero y ruego que así sea.

Llegó el camarero con las bebidas y Conrad alzó su copa y dijo:

-Bienvenida a Dallas, Anna. Estoy tan contento de que me hayas llamado. Es un placer volver a verte.

-Lo mismo digo, Conrad -contestó ella, sinceramente.

Conrad miró la copa de Anna. El primer sorbo había sido largo y la copa estaba medio vacía.

-¿Prefieres la ginebra al vodka? -preguntó él.

-Sí, en efecto -repuso Anna.

-Pues deberías pasarte al vodka.

-¿Por qué?

-Porque la ginebra no es buena para las mujeres.

-¿De veras?

-Les hace mucho daño.

-Estoy segura de que es igual de mala para los hombres.

-Pues en realidad no es así. Para nosotros no es ni la mitad de mala.

-¿Por qué es mala para las mujeres?

-Sencillamente porque lo es -dijo él-. Es debido a la forma en que estáis hechas. ¿A qué clase de trabajo te dedicas, Anna? ¿Y qué te ha traído a Dallas desde tan lejos? Hablame de ti.

-¿Por qué es mala la ginebra para las mujeres? -dijo Anna, sonriéndole.

Conrad sonrió también y meneó la cabeza, pero no contestó.

-Anda, dímelo.

-No. Dejémoslo.

-No puedes dejarme así colgada -dijo ella-. No es justo.

Después de una pausa, Conrad dijo:

-Bueno, si realmente quieres saberlo te lo diré. La ginebra contiene cierta cantidad del aceite que se obtiene exprimiendo las bayas de enebro. Lo utilizan para darle sabor.

-Y ese aceite, ¿qué hace?

-Muchas cosas.

-Sí, pero ¿cuáles?

-Cosas horribles.

-Vamos, Conrad, no seas tímido. Ya soy una chica crecidita.

Anna pensó que seguía siendo el Conrad de siempre, tan tímido y escrupuloso como en los viejos tiempos. Se alegró de que siguiera siendo de aquella manera.

-Si es cierto que esta bebida me está haciendo cosas horribles -dijo-, entonces eres muy poco amable si no me dices en qué consisten esas cosas.

Conrad le pellizcó dulcemente el lóbulo de la oreja izquierda con el pulgar y el índice de su mano derecha. Luego dijo:

-La verdad pura y simple, Anna, es que el aceite de enebro ejerce un efecto directo sobre el útero, un efecto inflamatorio.

-¡No será tanto!

-No estoy bromeando.

-Eso son cuentos de vieja.

-Me temo que no.

-En todo caso, estarás hablando de las mujeres embarazadas.

-Estoy hablando de todas las mujeres, Anna. Conrad ya no sonreía y hablaba con la mayor seriedad. Parecía preocupado por el bienestar de Anna.

-¿Cuál es tu especialidad? -preguntó Anna-. ¿Qué clase de medicina ejerces? No me lo has dicho todavía.

-Ginecología y obstetricia.

-Ah, ya entiendo.

-¿Llevas muchos años bebiendo ginebra? -preguntó él.

-Pues unos veinte -replicó Anna.

-¿En cantidad?

-¡Por el amor de Dios, Conrad! ¡Deja de preocuparte por mis entrañas! Me apetece otro martini, por favor.

-Desde luego.

Conrad llamó al camarero y le dijo:

-Un martini con vodka.

-No -dijo Anna-, con ginebra. Conrad suspiró, meneó la cabeza y dijo:

-Nadie hace caso a su médico hoy en día.

-Tú no eres mi médico.

-En efecto -dijo él-. Soy tu amigo.

-Hablemos de tu esposa -dijo Anna-. ¿Sigue siendo tan hermosa como siempre?

Conrad permaneció callado unos instantes y luego dijo:

-La verdad es que nos divorciamos.

-¡Oh, no!

-Nuestro matrimonio duró dos años en total. Incluso resultó difícil conseguir que durase tanto.

Por alguna razón Anna se sintió profundamente afectada.

-Pero si era una chica tan hermosa... -dijo-. ¿Qué ocurrió?

-Ocurrió todo lo malo que puedas imaginarte.

-¿Y el pequeño?

-Se lo quedó ella. Siempre ocurre igual -Conrad parecía muy amargado-. Se lo llevó con ella a Nueva York. Viene a verme una vez al año, en verano. Ahora tiene veinte años. Estudia en Princeton.

-¿Es un buen chico?

-Es un chico maravilloso -dijo Conrad-. Pero apenas le conozco. No resulta muy divertido.

-¿Y nunca volviste a casarte?

-No, nunca. Pero ya hemos hablado bastante de mí. Ahora hablemos de ti.

Poco a poco, dulcemente, Conrad fue sonsacándole cosas sobre su salud y sobre los malos tiempos que había pasado después de la muerte de Ed. Anna comprobó que no le importaba hablarle de aquellas cosas y, más o menos, le contó toda la historia.

-¿Pero qué induce a tu médico a creer que no estás completamente curada? -preguntó él-. No me pareces una persona con fuertes tendencias suicidas.

-No creo que las tenga. Sólo que, a veces, aunque no con frecuencia, desde luego, sólo muy de vez en cuando, cuando estoy deprimida, me pongo a pensar que no resultaría tan difícil como todo eso mudarme al otro barrio.

-¿De qué manera?

-Pues empiezo a acercarme poco a poco al botiquín del cuarto de baño.

-¿Qué guardas en ese botiquín?

-No mucho. Sólo las cosas corrientes que una chica necesita para afeitarse las piernas.

-Ya entiendo -Conrad le escudriñó la cara unos instantes, luego dijo-: ¿Es así cómo te sentías cuando me llamaste hace un rato?

-No exactamente. Pero había estado pensando en Ed. Y eso resulta siempre un poco peligroso.

-Me alegro de que me llamases.

-Yo también.

Anna estaba llegando al final del segundo martini. Conrad cambió de tema y se puso a hablar de su consultorio. Anna le observaba más que escuchaba. Era tan condenadamente guapo que resultaba imposible no observarle. Anna se puso un cigarrillo entre los labios y luego ofreció el paquete a Conrad.

-No, gracias -dijo él-. No fumo -cogió una caja de cerillas que había sobre la mesa y le encendió el cigarrillo; luego apagó el fósforo y dijo-: ¿Esos cigarrillos son mentolados?

-Sí.

Anna dio una larga chupada y luego expulsó lentamente el humo hacia arriba.

-Vamos, dilo de una vez. Dime que van a marchitarme todo el sistema reproductor -dijo. Conrad se echó a reír y meneó la cabeza.

-Entonces, ¿por qué me lo has preguntado?

-Simple curiosidad.

-Mientes. Lo veo en tu cara. Estabas a punto de darme las cifras de la incidencia del cáncer de pulmón entre los fumadores empedernidos.

-El cáncer de pulmón no tiene nada que ver con el mentol, Anna -dijo; después sonrió y bebió un sorbito de su primer martini, que apenas había probado hasta entonces. Luego depositó cuidadosamente la copa sobre la mesa-. Aún no me has dicho en qué consiste tu trabajo -prosiguió-, ni por qué has venido a Dallas.

-Primero hablame del mentol. Aunque sólo sea la mitad de perjudicial que el aceite de enebro, creo que deberías decírmelo en seguida.

-Conrad se echó a reír y meneó la cabeza.

-¡Por favor!

-No, señora.

-Conrad, no puedes empezar a decir algo así y callarte sin decirlo todo. Es la segunda vez que lo haces en cinco minutos.

-No quiero parecer un médico pesado.

-No eres pesado. Esas cosas me fascinan. ¡Vamos! ¡Dímelo! No seas malo.

Resultaba agradable estar allí sentada, sintiéndose moderadamente achispada a causa de los dos martinis y conversando tranquilamente con aquel hombre agraciado, con aquella persona callada, confortable, agraciada. Conrad no se estaba haciendo el tímido. Lejos de ello. Sólo se estaba comportando como el hombre escrupuloso que era normalmente.

-¿Es algo desagradable? -preguntó ella.

-No. No se puede decir que lo sea.

-Adelante, pues.

Conrad cogió el paquete de cigarrillos y se puso a estudiar la etiqueta.

-Pues la verdad -dijo- es que si inhalas mentol, la corriente sanguínea lo absorbe. Y eso no es bueno, Anna. Ejerce ciertos efectos muy definidos sobre el sistema nervioso central. Los médicos siguen recetándolo de vez en cuando.

-Ya lo sabía -dijo Anna-. Gotas nasales e inhalaciones.

-Esa es una de sus aplicaciones menores. ¿Sabes cuál es la otra?

-Utilizarlo para darse fricciones en el pecho cuando pillas un resfriado.

-Puedes hacerlo si te gusta, pero no sirve de mucho.

-Se utiliza como ungüento para curar las grietas de los labios.

-Eso es el alcanfor.

-En efecto.

Conrad esperó por si a Anna se le ocurría otra aplicación.

-Vamos, dímelo -dijo ella.

-Puede que te sorprenda un poquito.

-Estoy preparada para ello.

-El mentol -dijo Conrad- es un conocido antiafrodisíaco.

-¿Un qué?

-Suprime el deseo sexual.

-Estás inventando cosas, Conrad.

-Te juro que no.

-¿Quién lo utiliza?

-Muy poca gente hoy en día. Tiene un sabor demasiado fuerte. El salitre es mucho mejor.

-Ah, sí. Ya he oído decir eso del salitre.

-¿Qué sabes acerca del salitre?

-Que se lo dan a los presos -dijo Anna-. Cada mañana les echan un poco en las gachas de avena para que no alboroten.

-También lo utilizan en los cigarrillos -dijo Conrad.

-¿Te refieres a los cigarrillos que fuman los presos?

-No, a *todos* los cigarrillos.

-Eso es una tontería.

-¿Lo es?

-Claro que sí.

-¿Por qué lo dices?

-Nadie lo aguantaría -dijo ella.

-Pues aguantan el cáncer.

-Eso es totalmente distinto, Conrad. ¿Cómo sabes que ponen salitre en los cigarrillos?

-¿Nunca te has preguntado por qué un cigarrillo sigue ardiendo cuando lo dejas en el cenicero? El tabaco no arde espontáneamente. Pregúntale a cualquier fumador de pipa.

-Utilizan productos químicos especiales -dijo Anna.

-Exactamente : utilizan salitre.

-¿El salitre arde?

-Por supuesto que arde. Antiguamente era uno de los principales ingredientes de la pólvora. También de las mechas. Con él se hacen mechas muy buenas. Ese cigarrillo que estás fumando es una mecha lenta de primera, ¿no es así?

Anna miró su cigarrillo. Aunque no le había dado ninguna chupada desde hacía un par de minutos, el cigarrillo seguía ardiendo y el humo surgía de su punta y formaba una delgada espiral color gris azulado.

-¿De modo que esto tiene mentol y *además* salitre? -dijo.

-Puedes estar segura.

-¿Y *ambas* cosas son antiafrodisíacas?

-Sí. Te estás tomando una dosis doble.

-Es ridículo, Conrad. Es demasiado poco para que se note.

Conrad sonrió pero no hizo ningún comentario.

-No hay lo suficiente ni para calmar a una cucaracha -dijo Anna.

-Eso es lo que crees tú, Anna. ¿Cuántos te fumas al día?

-Unos treinta.

-Bueno -dijo él-, supongo que no es asunto de mi incumbencia -hizo una pausa y luego añadió-: Pero tú y yo estaríamos mucho mejor hoy si lo fuera.

-¿Si fuera qué?

-De mi incumbencia.

-*¿Qué* quieres decir, Conrad?

-Sencillamente que si tú, hace ya muchos años, de pronto no hubieses decidido dejarme, ninguno de los dos hubiese sufrido tanto. Ahora seguiríamos felizmente casados.

De repente, el rostro de Conrad había adquirido una expresión extraña.

-¿Dejarte?

-Me llevé un buen disgusto, Anna.

-¡Vaya por Dios! -dijo ella-. Pero a esa edad todo el mundo deja a alguien, ¿no es así?

-No sabría decirte -dijo Conrad.

-No estarás enfadado conmigo aún, ¿verdad?

-¡Enfadado! -exclamó él-. ¡Santo Dios, Anna! ¡Enfadarse es lo que hacen los niños cuando pierden un juguete! ¡Yo perdí una esposa!

Anna se quedó mirándole fijamente, incapaz de decir nada.

-Dime una cosa -prosiguió él-. ¿No se te ocurrió pensar en mis sentimientos?

-Pero, Conrad, éramos tan *jóvenes.*

-Me destrozaste, Anna. Me dejaste casi hecho cisco.

-Pero ¿cómo...?

-¿Cómo qué?

-Si tanto significaba para ti, ¿cómo pudiste comprometerte con otra chica al cabo de unas pocas semanas?

-¿Nunca has oído hablar del rebote, de cuando alguien se casa con una persona porque otra le ha rechazado?

Anna asintió con la cabeza, contemplándole con desánimo.

-Yo estaba loco por ti, Anna. Anna no contestó.

-Lo lamento -dijo él-. He tenido un arranque estúpido. Te ruego que me perdones.

Se hizo un silencio prolongado.

Conrad seguía reclinado en la silla, estudiándola desde cierta distancia. Anna sacó otro cigarrillo del paquete y lo encendió. Luego apagó la cerilla de un soplo y la dejó cuidadosamente en el cenicero. Cuando levantó nuevamente los ojos vio que él seguía observándola. En sus ojos había una expresión absorta, lejana.

-¿En qué estás pensando? -dijo ella. Conrad no contestó.

-Conrad -dijo Anna-, ¿sigues odiándome por lo que te hice?

-¿Odiándote?

-Sí, odiándome. Tengo la extraña sensación de que me odias. Estoy segura de que así es, a pesar de los muchos años transcurridos.

-Anna -dijo él.

-¿Sí, Conrad?

Conrad acercó la silla a la mesa y se inclinó hacia adelante.

-¿Alguna vez se te ocurrió...? Se interrumpió. Anna se quedó esperando.

De repente Conrad se había puesto tan serio que Anna se inclinó hacia él también.

-¿Si se me ocurrió qué? -preguntó ella.

-Pensar que tú y yo... que los dos... tenemos un asuntillo por terminar.

Anna le miró fijamente.

Él le devolvió la mirada; sus ojos brillaban como dos estrellas.

-No te escandalices -dijo él-, por favor.

-¿Escandalizarme?

-Por tu cara se diría que acabo de proponerte que nos tiremos los dos por una ventana.

En el bar había ahora mucha gente y mucho ruido. Era igual que estar en un cóctel. Había que gritar para hacerse oír.

Los ojos de Conrad seguían clavados en ella, impacientes, ansiosos.

-Me gustaría tomar otro martini -dijo Anna.

-¿Es necesario?

-Sí -dijo ella-. Lo es.

En toda su vida sólo un hombre le había hecho el amor: su marido, Ed.

Y siempre había sido maravilloso.

¿Tres mil veces?

Pensó que más. Probablemente muchas más. ¿Quién las cuenta?

Sin embargo, suponiendo, aunque sólo fuera por curiosidad, que la cifra exacta (porque tiene que haber una cifra exacta) fuera de tres mil seiscientas ochenta...

...y sabiendo que cada vez que ocurrió fue un acto de amor puro, apasionado, auténtico, entre el mismo hombre y la misma mujer...

...entonces, ¿cómo diantres un hombre totalmente nuevo, un extraño al que no se ama, es capaz de presentarse de sopetón la tres mil seiscientas octogésima *primera* vez con la esperanza de resultar medianamente aceptable?

Sería un intruso.

Todos los recuerdos acudirían en tropel a la mente y la ahogarían.

Justamente había hablado de ello con el doctor Jacobs hacía unos meses, durante una de las sesiones, y el viejo Jacobs le había dicho:

-No habrá ninguna tontería relacionada con los recuerdos, mi querida mistress Cooper. Me gustaría que se olvidara de eso. Sólo existirá el presente.

-¿Pero cómo puedo llegar allí? -había preguntado Anna-. ¿Dónde puedo encontrar el valor suficiente para subir al dormitorio y quitarme la ropa ante otro hombre, un desconocido, a sangre fría?...

-¡A sangre fría! -había exclamado el doctor-. ¡Santo Dios, mujer, si la cosa estará hirviendo! -y más tarde le había dicho-: Al menos, trate de creerme, mistress Cooper, cuando le digo que cualquier mujer que se haya visto privada de trato sexual después de más de veinte años de tenerlo... de tenerlo con una frecuencia insólita en su caso, si es que la he entendido correctamente... cualquier mujer en tales circunstancias sufrirá continuamente graves trastornos psicológicos hasta que vuelva a tener relaciones sexuales con regularidad. Usted se encuentra mucho mejor, me consta, pero es mi obligación decirle que en modo alguno ha vuelto a la normalidad...

Dirigiéndose a Conrad, Anna dijo:

-¿Por casualidad no será ésta una sugerencia terapéutica?

-¿Una *qué?*

-Una sugerencia terapéutica.

-¿Se puede saber qué quieres decir?

-Pues que parece un complot tramado por mi doctor Jacobs, ni más ni menos que eso.

-Mira -dijo él, inclinándose sobre la mesa y acariciándole la mano izquierda con la punta de un dedo-. Cuando te conocí en la escuela superior, yo era demasiado joven y tímido para hacerte una proposición semejante, pese a que tenía muchas ganas de hacértela. De todos

modos, por aquel entonces no tenía ninguna prisa. Me figuraba que teníamos toda una vida por delante. No podía imaginarme que fueses a dejarme.

Llegó el martini y Anna lo cogió y empezó a bebérselo aprisa. Sabía exactamente lo que iba a hacerle. La haría flotar. El tercer martini siempre tenía el mismo efecto. Que le diesen un tercer martini y en cuestión de segundos su cuerpo se volvería completamente ingrávido y ella empezaría a flotar por la habitación como un jirón de gas hidrógeno.

Siguió sentada, sosteniendo la copa con ambas manos como si fuera un sacramento. Bebió otro trago. Ya no quedaba mucho. Por encima del borde de la copa podía ver que Conrad la miraba con desaprobación mientras bebía. Le dirigió una sonrisa radiante.

-No serás contrario a la utilización de la anestesia cuando operas, ¿verdad? -preguntó.

-Por favor, Anna, no hables así.

-Empiezo a flotar -dijo ella.

-Ya lo veo -contestó él-. ¿Por qué no te paras ahí?

-¿Qué has dicho?

-¿Por qué no te paras ahí? Eso es lo que he dicho.

-¿Quieres que te diga por qué?

-No -repuso él.

Hizo un leve gesto con las manos, como si fuese a arrebatarle la copa, por lo que ella se la acercó rápidamente a los labios y la levantó muy alto, sosteniéndola así durante varios segundos para apurar hasta la última gota. Cuando volvió a mirar a Conrad vio que depositaba un billete de diez dólares en la bandeja del camarero y que éste le daba las gracias efusivamente. Luego se dio cuenta de que salía flotando del bar, cruzaba el vestíbulo, con la mano de Conrad sosteniéndola por un codo, dirigiéndola hacia los ascensores. Subieron flotando hasta el piso vigésimo segundo y luego flotaron por el pasillo hasta la puerta de su dormitorio. Anna pescó la llave del interior del bolso, abrió la puerta y entró flotando. Conrad la siguió y cerró la puerta tras de sí. Luego, muy repentinamente, la cogió entre sus brazos enormes y empezó a besarla con gran ahínco.

Anna le dejó hacer.

Conrad le besó la boca, las mejillas, el cuello, aspirando hondo entre beso y beso. Anna mantuvo los ojos abiertos, observándole de un modo extraño, lejano, y lo que vio le hizo pensar vagamente en el rostro borroso y próximo de un dentista cuando éste se encuentra trabajando en uno de los dientes superiores.

Luego, inesperadamente, Conrad introdujo la lengua en uno de sus oídos. El efecto que ello surtió en Anna fue eléctrico. Fue como si una clavija de doscientos voltios acabase de ser introducida en un enchufe vacío y todas las luces se encendieran y los huesos comenzasen a derretirse y la savia cálida y derretida recorriera sus miembros y ella fuera presa de frenesí. Era la clase de frenesí maravilloso, desenfrenado, temerario y llameante que Ed solía provocar en ella tan a menudo con sólo tocarla con la mano aquí y allá. Echó los brazos alrededor del cuello de Conrad y empezó a besarle con mayor ahínco que él y, aunque al principio pareció que temía que Anna fuera a comérselo vivo, Conrad pronto recobró el equilibrio.

Anna no tenía la menor idea de cuánto tiempo pasaron allí de pie, abrazándose violentamente, pero debió de ser un rato bastante largo. Sentía tal felicidad, volvía a sentir tal... tal *confianza,* una confianza en sí misma tan súbita y abrumadora, que sintió deseos de arrancarse la ropa y bailar frenéticamente para Conrad en medio de la habitación. Pero no hizo ninguna tontería parecida. En vez de ello, se limitó a flotar hacia el borde de la cama y se sentó para recobrar el aliento. Conrad se sentó rápidamente a su lado. Anna apoyó la cabeza en su pecho y sintió que la felicidad la embargaba mientras él le acariciaba el pelo gentilmente. Luego Anna le desabrochó un botón de la camisa, metió la mano dentro y la apoyó en su pecho. Notó el latir del corazón a través de las costillas.

-¿Qué es lo que veo aquí? -dijo Conrad.

-¿Qué es lo que ves dónde, cariño?

-En tu cuero cabelludo. Será mejor que vigiles esto, Anna.

-Vigílalo tú por mí, cariño.

-Hablo en serio -dijo él-. ¿Sabes qué parece esto? Parece un toquecito de alopecia andrógina.

-Bueno.

-No, no es bueno. De hecho es una inflamación de los folículos capilares y ocasiona la calvicie. Es muy frecuente en las mujeres de edad madura.

-Calla, calla, Conrad -dijo Anna, besándole el cuello-. Tengo un pelo magnífico.

Anna se incorporó y le quitó la chaqueta. Luego le deshizo el nudo de la corbata y la arrojó al otro extremo de la habitación.

-Hay un ganchito en la espalda de mi vestido -dijo Anna-. Desabróchalo, por favor.

Conrad le desabrochó el ganchito, luego le abrió la cremallera y la ayudó a quitarse el vestido. Anna llevaba una combinación color azul claro bastante elegante. Conrad vestía una camisa blanca normal, como la que suelen llevar los médicos, pero ahora tenía el cuello desabrochado y eso le favorecía. En su cuello había un cordoncillo vertical de músculos nervudos y cuando volvía la cabeza los músculos se movían debajo de la piel. Era el cuello más hermoso que Anna había visto jamás.

-Hagámoslo muy despacio -dijo Anna-. Que la espera nos haga enloquecer.

Los ojos de Conrad se posaron en su rostro durante unos segundos, luego se apartaron de allí y recorrieron todo su cuerpo. Anna vio que sonreía.

-¿Y si nos mostráramos muy refinados y disipados, Conrad, y pidiéramos una botella de champán? La pediré al servicio de restaurante y tú te escondes en el cuarto de baño cuando llegue el camarero.

-No -dijo él-. Ya has bebido bastante. Levántate, por favor.

El tono de su voz la impulsó a levantarse inmediatamente.

-Ven aquí -dijo Conrad.

Librodot

Anna se acercó a él. Seguía sentado en la cama y ahora, sin levantarse, se inclinó hacia adelante y empezó a quitarle el resto de la ropa. Lo hizo de manera lenta, deliberada. Su rostro se había puesto pálido súbitamente.

-¡Oh, cariño! -exclamó ella-. ¡Qué maravilla! ¡Tienes eso tan famoso! ¡Un verdadero mechón de pelo espeso saliéndote por las dos orejas! Ya sabes qué significa, ¿no? ¡Es la señal absolutamente segura de una virilidad enorme!

Se inclinó y le besó los oídos. Conrad siguió desnudándola: el sujetador, los zapatos, la faja, las bragas y finalmente las medias, todo lo cual dejó caer sobre el suelo. En cuanto le hubo quitado la última media, se volvió. Volvió la cara hacia otro lado como si ella no existiese y empezó a desnudarse también.

Resultaba extraño encontrarse de pie tan cerca de él, sin más vestido que la piel, y ver que él no se dignaba mirarla por segunda vez. Pero quizás los hombres hacían cosas así normalmente. Tal vez Ed había sido una excepción. ¿Cómo iba a saberlo ella? Conrad se quitó la camisa blanca en primer lugar y, tras doblarla meticulosamente, se irguió y fue a depositarla sobre el brazo de una silla. Hizo lo mismo con la camiseta. Luego volvió a sentarse en el borde del lecho y empezó a quitarse los zapatos. Anna permaneció completamente inmóvil, observándole. Su repentino cambio de humor, su silencio, su curiosa intensidad le daban un poco de miedo. Pero también la excitaban. Había cierto sigilo, casi una amenaza, en sus movimientos, como si Conrad fuera un animal espléndido que se acercara sigilosamente a su presa. Un leopardo.

Anna se quedó hipnotizada, contemplándole. Observó sus dedos, aquellos dedos de cirujano, desabrochando y aflojando los cordones del zapato izquierdo, quitándoselo del pie y dejándolo pulcramente debajo de la cama. Luego le tocó el turno al zapato derecho. Seguidamente el calcetín izquierdo y el calcetín derecho. Los dobló cuidadosamente y los depositó con la mayor precisión sobre la puntera de los zapatos. Finalmente los dedos se desplazaron hacia la parte superior de los pantalones, desabrocharon un botón y luego empezaron a manipular la cremallera. Los pantalones, una vez se los hubo quitado, fueron doblados siguiendo la raya y depositados sobre la silla. Luego los calzoncillos.

Conrad, desnudo ya, regresó lentamente a la cama y volvió a sentarse en el borde. Entonces, por fin, volvió la cabeza y se fijó en ella. Anna seguía esperando... y temblando. Conrad la examinó calmosamente de arriba abajo. De pronto alargó una mano y la cogió por la muñeca y, dando un brusco tirón, la tumbó sobre la cama.

Anna sintió un alivio tremendo, le rodeó con los brazos y lo estrechó con fuerza, como si temiera que fuese a escapársele. Tenía un miedo mortal de que Conrad se marchase y no volviera. Y allí quedaron tumbados, ella aferrándose a él como si fuese la última cosa que quedara en el mundo, y él, extrañamente callado, vigilante, concentrado, desenredándose lentamente de su abrazo y empezando a tocarla en sitios distintos con aquellos dedos, aquellos expertos dedos de cirujano. Y, una vez más, Anna fue presa de frenesí.

Las cosas que él le hizo durante los siguientes momentos fueron terribles y exquisitas. Anna sabía que él sólo la estaba preparando o, como dicen en el hospital, aprestándola para la operación propiamente dicha, pero, oh Dios, nunca había conocido ni experimentado nada remotamente parecido a aquello. Y todo sucedió de forma extremadamente rápida, pues, en unos pocos segundos, alcanzó aquel punto sin retorno en que toda la habitación se comprime en una sola y diminuta mancha de luz cegadora que estallará y te hará pedazos al menor roce de más. Al llegar a aquel punto, Conrad, describiendo una parábola veloz y rapaz con su cuerpo, se colocó sobre ella para el acto final...

Y entonces Anna sintió que le extraían toda la pasión del cuerpo, como si lentamente sacaran de sus entrañas un nervio largo y vivo, un hilo largo y vivo de fuego eléctrico, y empezó a gritar instando a Conrad a seguir y seguir sin detenerse y mientras eso hacía, en mitad de todo ello, oyó otra voz encima de ella y esta otra voz se hizo más fuerte y más fuerte, más y más insistente, exigiendo ser oída:

-¿*Llevas* algo? -quiso saber la voz.

-Oh, cariño, ¿qué dices?

-Te estoy preguntando si *llevas* algo.

-¿Quién, yo?

-Hay una obstrucción aquí. Por fuerza tienes que llevar un diafragma o algún otro dispositivo.

-Claro que no, cariño. Todo es maravilloso. Calla, calla.

-Todo *no* es maravilloso, Anna.

Como una película sobre la pantalla, la imagen de la habitación volvió a quedar enfocada. En primer plano estaba la cara de Conrad. Se hallaba suspendida sobre ella, apoyada en los hombros desnudos. Los ojos miraban directamente los suyos. La boca seguía hablando.

-Si quieres llevar un dispositivo, entonces, por lo que más quieras, aprende a introducirlo correctamente. No hay nada más molesto que colocarlo de cualquier manera. El diafragma debe colocarse bien apoyado contra el cuello del útero.

-¡Pero si no llevo diafragma!

-¿De veras? Bueno, pues de todos modos hay una obstrucción.

No sólo la habitación sino el mundo entero parecía deslizarse de debajo suyo en aquel momento.

-Me siento mareada -dijo Anna.

-¿Qué dices?

-Que me siento mareada.

-No seas chiquilla, Anna.

-Conrad, me gustaría que te fueses, por favor. Vete, Conrad.

-¿De qué diablos me estás hablando?

-¡Apártate de mí, Conrad!

-Eso es ridículo, Anna. De acuerdo, siento habértelo dicho. Olvídalo.

-*¡Vete!* -exclamó ella-. *¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!* Anna trató de quitárselo de encima empujándole, pero Conrad era corpulento y fuerte y la tenía bien sujeta.

-Cálmate -dijo él-. Relájate. No puedes cambiar de parecer así, tan de sopetón, en medio de todo. Y, por el amor de Dios, no empieces a llorar.

-Déjame en paz, Conrad. ¡Te lo suplico!

Conrad parecía sujetarla con todo lo que tenía, brazos y codos, manos y dedos, muslos y rodillas, tobillos y pies. Parecía un sapo por la forma en que la sujetaba. Era exactamente igual a un sapo enorme y pegajoso, sujetándola y aprisionándola, negándose a soltarla. En cierta ocasión Anna había visto un sapo haciendo precisamente lo mismo. Estaba copulando con una rana sobre una piedra, en la orilla de un riachuelo, y ahí estaba sentado, inmóvil, repulsivo, con un brillo amarillento y maligno en los ojos, sujetando a la rana con sus poderosas patas delanteras y negándose a soltarla...

-Deja ya de forcejear, Anna. Te estás comportando como una chiquilla histérica. ¡Por el amor de Dios, mujer! ¿Qué te pasa?

-¡Me estás haciendo daño! -exclamó Anna.

-*¿Daño?*

-¡Me duele muchísimo!

Anna se lo dijo sólo para librarse de él.

-¿Sabes por qué te duele? -preguntó Conrad.

-¡Conrad! ¡Por favor!

-Espera un minuto, Anna. Déjame que te explique...

-¡No! -exclamó ella-. ¡Ya he oído bastantes explicaciones!

-Querida mía...

-¡No!

Anna forcejeaba desesperadamente para librarse, pero Conrad seguía teniéndola aprisionada.

-La razón por la que te duele -prosiguió él- es que no estás produciendo ningún fluido. La mucosa está virtualmente seca...

-¡Basta!

-El nombre científico es vaginitis atrófica senil. Se presenta con la edad, Anna. Por esto la llaman *vaginitis senil.* No se puede hacer mucho...

En aquel momento Anna empezó a chillar. Sus chillidos no eran muy fuertes, pero, pese a ello, eran chillidos, unos chillidos terribles, de agonía, de dolor, y, después de escucharlos durante unos segundos, Conrad, con un único y grácil movimiento, se apartó de ella y con ambas manos la empujó hacia un lado. La empujó con tanta fuerza que la hizo caerse de la cama.

Anna se levantó poco a poco y mientras se dirigía hacia el baño con pasos tambaleantes iba exclamando: «¡Ed!... ¡Ed!... ¡Ed!» con una voz en la que se advertía un extraño tono de súplica. La puerta se cerró.

Conrad siguió tumbado en la cama, muy quieto, escuchando los sonidos que salían de detrás de la puerta. Al principio oyó solamente los sollozos de la mujer, pero al cabo de unos segundos, por encima de los sollozos oyó el clic seco y metálico de un armarito que se abría.

Al instante saltó de la cama y empezó a vestirse rápidamente. La ropa, doblada tan pulcramente, la tenía a mano y sólo tardó un par de minutos en ponérsela. Cuando estuvo vestido se acercó al espejo y con el pañuelo se limpió el carmín de la cara. Sacó un peine del bolsillo y se lo pasó por el pelo negro y sedoso. Dio una vuelta alrededor de la cama para ver si se había olvidado algo y luego, cuidadosamente, como si saliese de puntillas de una habitación donde durmiera un niño, salió al pasillo y cerró suavemente la puerta tras de sí.